

## LA CALLE DE LA ESCONDIDA

RELATO HISTÓRICO

Ni en el amor, ni en la gloria,  
 ni en la dicha, ni en la fama,  
 creyó nunca el desalmado  
 Ramiro Béjar de Abarca.  
 Hijo de padres muy nobles  
 y de riquezas muy vastas,  
 educóse cual se educan  
 los hijos de los monarcas.  
 Siempre cruzando los mares  
 para ver tierras extrañas;  
 siempre en tratos con guerreros  
 heroicos en cien campañas;  
 siempre entre sabios de toga  
 y eminencias de sotana,  
 oyendo elogiar ya un libro,  
 ya un bajel, ya una coraza,  
 creció Ramiro cual crecen  
 los robles en la montaña,  
 desdeñando tempestades  
 y combatiendo borrascas.  
 Fué la mar su solo espejo,  
 la lealtad su mejor arma,  
 el estudio su ejercicio  
 y el peligro su enseñanza.

¡Cuántas veces le miraron  
 en noche negra y helada,  
 por salvar á un marinero,  
 audaz arrojarse al agua!  
 ¡Cuántas veces combatiendo  
 con algún barco pirata,  
 él inició el abordaje  
 ardiendo en valor y en rabia!  
 La juventud en sus venas  
 vertió torrentes de lava,  
 y el amor abrió en su pecho  
 hoguera de intensas llamas.  
 Nunca soñó esas dulzuras  
 indefinibles y vagas  
 que son en Pablo y Virginia  
 limpios celajes del alba;  
 su amor no le arrancó gritos  
 como al Dante le arrancara,  
 ni le inspiró las ternezas  
 que inmortalizó Petrarca.  
 Nunca tuvo ese horizonte  
 tan azul de la esperanza,  
 en que traidora nos finge  
 la ilusión, voluble maga,  
 un hogar dulce y tranquilo,  
 y en él la mujer soñada,  
 una ventura sin tregua,  
 una pasión tierna y santa,  
 y por el beso fundidas  
 en una sola, dos almas!  
 ¡Espejismos del desierto  
 que la realidad apaga!  
 ¡Mentiras de las más bellas!  
 ¡Nubes que fugaces pasan!  
 ¡Arreboles que decoran  
 nuestras primeras mañanas!  
 Jamás al bravo Ramiro

le perturbaron la calma,  
pues amó como las fieras,  
á cielo abierto y sin trabas.

Rindiendo culto á la forma,  
la juventud y la gracia,  
buscó en su jardín las frutas  
para el placer sazonadas,  
y con oro, con talento,  
con arrojo y con audacia,  
fueron tantos sus placeres,  
sus conquistas fueron tantas,  
que igualando al niño ciego  
que tantas desdichas causa,  
empapó con sangre todas  
las saetas de su aljaba.  
Así gastó el sentimiento,  
y la bondad y la calma,  
y encenegado en los vicios,  
palpó la miseria humana.  
Ya sin salud ni fortuna,  
pues sin orden nada basta,  
en pos de un cambio de suerte  
se vino á la Nueva España.

Era virrey en tal tiempo  
don Miguel Grua Talamanca,  
el marqués de Branciforte  
que á su Rey tanto adulara.  
Como Ramiro le trajo  
conocimientos y cartas,  
con encargos y consejos  
de gentes de gran prosapia,  
para que aquí con su influjo  
hiciera á Béjar de Abarca  
poseedor de gran fortuna  
por ser de opulenta casa;  
Branciforte sin recelo

en su Corte le dió entrada,  
lo distinguió en todas partes,  
le dió cargos de importancia  
y cual si fuera hijo suyo  
presentóse en una casa,  
pidiendo para Ramiro  
la mano de una gran dama.

Como el Virrey era imagen  
y brazo del rey de España,  
los padres no le negaron  
al Marqués lo que anhelaba,  
y en brave plazo arreglóse  
la boda, sin que faltara  
señalar el dote, á tiempo,  
cual era de buena usanza.

No hay plazo que no se cumpla:  
violentas las horas pasan  
y llega por fin la fecha  
para las nupcias marcada.  
A la mansión de la novia  
llega el Virrey con Abarca;  
un numeroso cortejo  
de nobles les acompaña,  
y les sigue á los altares  
donde el Arzobispo aguarda.  
Celébrase el matrimonio,  
pero á todos les extraña  
que la hechicera doncella,  
sol de virtud y de gracia,  
no ha levantado los ojos  
para darle una mirada  
á Ramiro, y solamente  
vierten abundantes lágrimas.

Triste como una azucena,  
que alumbra una luna pálida,  
á cuanto le preguntaron

respondió con voz tan baja,  
que más que frases, gemidos,  
fueron sus tenues palabras.  
Más lívida que un cadáver  
y muda como una estatua,  
recibió las bendiciones  
que su enlace consagraban,  
y cuando salió del templo  
infundió á todos tal lástima  
que el mismo Virrey quedóse  
muy consternado al mirarla.

Para celebrar las nupcias  
los padres de aquella dama,  
convidaron á su mesa  
lo mejor de Nueva España.  
Eran de verse los blancos  
manteles, do se ostentaban  
las armas de la familia  
con grande primor bordadas.  
Azafates de Bohemia,  
rica vajilla de plata  
y vinos de los mejores  
que para el Virrey mandaran.  
Llega el anhelado instante  
de sentarse en dulce plática  
á la mesa; asisten todos  
y en pie se quedan, pues falta  
la esposa de don Ramiro  
que en verdad mucho se tarda.  
Salen con gran sobresalto  
sus íntimos á llamarla;  
por todas partes la buscan,  
pero en ninguna la hallan,  
y por patios y escaleras,  
y por alcobas y salas,  
con gran angustia la gritan,

á grandes voces la llaman,  
y es todo en vano, pues nadie  
logra verla ni encontrarla.  
Profundo desasosiego  
contrista á todos y amarga,  
y Ramiro dando gritos  
llama á su esposa con rabia.  
Todo es inútil, parece  
que se ha fugado la dama,  
y todo es zozobra y penas,  
y lentas las horas pasan.  
Como es natural, ninguno  
queda á comer en la casa  
y á poco se ve desierta  
y triste y abandonada  
le mesa con los manteles  
que ostentan armas bordadas,  
y azafates de Bohemia  
y ricos vasos de plata.  
Todo es luto y amargura;  
Ramiro blasfema y anda  
de un extremo al otro extremo  
de la silenciosa sala  
como un tigre que da vueltas  
desesperado en la jaula.

Pasados algunos días  
se supo al fin que la dama  
no sintiendo amor ninguno  
por el hombre á quien la daban,  
se ocultó con gran cautela  
en una inmensa tinaja,  
á donde sólo en las noches  
iba una sirvienta anciana  
para darle sin ser vista  
por alimento : pan y agua.  
— No puedo — dijo á sus padres —

dar el cuerpo sin el alma,  
y no seré de Ramiro,  
pues mi pecho no le ama.  
Regaladle mi fortuna,  
mi palacio, mis alhajas,  
¿mas yo ser suya? bien puede  
matarme sin lograr nada.

— Mira que ofendes al cielo.  
— No le ofende quien no engaña.  
— Has jurado ser su esposa.  
— Porque así me lo mandaban;  
pero juré no ser suya  
ante los, en voz muy baja.  
— Ya todo es inútil.

— Menos  
mi firmeza de palabra;  
que disponga de mis bienes,  
de mis joyas, de mi casa,  
pero de mí, no he de darle  
ni siquiera una mirada.

Y cuentan que cuantas veces  
á su esposa buscó Abarca,  
despareció de su vista,  
lo mismo que una fantasma.  
Habiendosele ocultado  
durante muchas semanas,  
herido en su inmenso orgullo,  
volvió don Ramiro á España,  
y la Reina, al recibirlo,  
como su pena ignoraba,  
le interrogó sin dobleces:  
— ¿ Tu consorte dónde se halla?  
Contóle Ramiro el caso,  
y agregó que se negaba  
á seguirlo, porque nunca  
llegó á verla cara á cara.

— Pues bien — agregó la Reina —  
como la nombré mi dama,  
por partida de registro,  
haré yo que me la traigan.

Y cumplió como lo dijo;  
llevaron ante sus plantas  
á la dama misteriosa,  
que así le habló al contemplarla:  
— Reina y señora: mis penas  
Dios las comprende y las calma;  
podéis vos quitar la vida  
á vuestra obediente esclava,  
pero no le exijáis nunca  
que obedezca á quien no ama,  
porque no ha de darle nunca  
ni la materia ni el alma.

Y al decir con honda pena  
estas sencillas palabras,  
fueron tales sus angustias  
y tal corrieron sus lágrimas,  
que conmovida y llorosa,  
le dijo la Reina: — Basta.  
Vivirás en esta Corte,  
cual viviste en Nueva España;  
allí estabas escondida,  
aquí no, porque te ampara  
quien compadece tus penas,  
¡ tu Reina!

— ¡ Señora, gracias!  
Trascurrieron varios meses,  
y en Palacio una mañana,  
se supo que don Ramiro,  
que fué en comisión á Málaga,  
presa de violento ataque  
entregó á Dios el alma.

Y antes de cumplirse un año

de esa muerte inesperada,  
 celebráronse con pompa  
 las nupcias de aquella dama,  
 con uno de los donceles  
 de la nobleza más alta  
 de los que tuvo la Reina  
 entre su escolta de guardias.  
 Afirman los que lo vieron,  
 y con sencillez lo narran,  
 que era un astro de ventura  
 la faz de la desposada;  
 y que la feliz pareja  
 vino luego á Nueva España,  
 donde formó una familia  
 llena de prendas tan santas,  
 de virtudes tan austeras  
 y de caridad tan vasta,  
 que hasta el presente la estiman  
 y en todas partes la ensalzan.

Dicen algunos cronistas  
 que por no mirar á Abarca  
 la doncella fué á esconderse  
 en una modesta casa  
 de antiguos sirvientes suyos  
 que de corazón la amaban.  
 Y después de muchos años  
 las gentes que todo aclaran,  
 conocieron esta historia,  
 y acaso por perpetuarla,  
 á la calle en que aun se mira  
 la humilde y estrecha estancia  
 donde la joven estuvo  
 oculta algunas semanas,  
 la calle de « La Escondida »  
 propios y extraños le llaman.

## LA CALLE DE LA AMARGURA

### I

Al sonar la media noche  
 sobre las torres más altas,  
 se acercó Lope Barrientos  
 al pie de angosta ventana.

Abrióse la puertecilla  
 y dos manecitas blancas  
 en toscos ganchos de hierro  
 suspendieron una escala.

Por ella se subió Lope,  
 y á solas ya con la dama,  
 díjole así con ternura,  
 arrodillado á sus plantas :

— Ningún corazón se quema  
 entre más candentes ascuas  
 que las que encendió en el mío  
 tu arrobadora mirada.

Desde la ocasión primera  
 en que contemplé tus gracias,  
 por todas partes te miro  
 porque te llevo en el alma.

Dios lo sabe y Dios lo quiere ;  
 asistí á una misa de alba

y creí ver á la Virgen  
en el templo, en forma humana.

Eras tú, bien de mi vida ;  
eras tú, linda y sin mancha,  
que con devoción orando  
cerca del altar estabas.

Por los vidrios de colores  
de la cúpula sagrada,  
en áureos haces entraron  
los rayos de la mañana.

Y al bajar hasta la frente,  
limpia, tersa, hermosa y blanca,  
tejieron un casto nimbo  
que ningún pincel retrata.

Los sedosos rizos rubios  
que por tu toca asomaban,  
eran como una diadema  
de topacios entre llamas.

Yo, al verte, casi de hinojos,  
oí una música extraña ;  
miré tras de los altares  
en risueño panorama ;  
un cielo azul y tranquilo,  
abajo flores y galas,  
en el fondo una casita  
y en ella tú y yo....

—Levanta

y cállate, lisonjero.

— Amor, lisonjas no gasta  
y sólo dice verdades  
como las que escuchas.

— Calla.

— ¿ Me quieres un poco ?

— ¿ Un poco... ?

¡ Como en el mundo no aman !

— Esas son lisonjas, Lope.

— Estas son verdades, Laura.

Se alzó el doncel y en sus brazos  
estrechó á la hermosa dama,  
y todo quedó en silencio  
en la calle y en la estancia.

Porque entre amantes que anhelan  
decir cuanto esconde el alma,  
son, si están solos y juntos,  
inútiles las palabras.

## II

Era Lope un joven rico,  
de valor y de talento,  
que amaba las aventuras  
que ponen la vida en riesgo.

Contaban que allá en España,  
llegó á escalar un convento  
en pos de guapa novicia  
que encendió su amor primero.

Era decididor y alegre,  
con oportuno gracejo,  
en el vestir elegante  
y en el gastar opulento ;

sin más arte en este mundo  
que el de mantener un puesto  
distinguido entre los grandes  
y grande entre los pequeños.

El Virrey lo trató siempre  
con predilección y afecto ;  
pues vino recomendado  
á los próceres del Reino.

Era su porte arrogante ;  
ojos brillantes y negros,  
barba rosada y oscura,  
robusto y ágil el cuerpo.

Con atención le miraban  
cuantos hallaba á su encuentro,  
porque por rara costumbre  
llevó siempre sobre el pecho  
una hermosa cruz dorada,  
pendiente de un collar negro.

Siempre cubrió su cabeza  
con boina de terciopelo  
ornada con blanca pluma  
que airosa flotaba al viento.

Siempre se le vió portando  
rica espada de Toledo  
y pasar por todas partes  
seguido de un escudero.

Quién le juzgaba en el vulgo  
alto personaje regio  
llamado á ocupar un trono  
por su sangre y su derecho.

Quién, hijo de algún monarca,  
vástago de amor secreto,  
que á la Nueva España vino  
con un elevado empleo.

La verdad es que don Lope  
por su tino y por su aspecto,  
prestábase á las más raras  
suposiciones del pueblo.

Era corvo, un Juan Tenorio  
trasplantado á nuestro suelo,  
para amedrentar maridos  
con sospechas y con celos.

Era muy larga la lista  
de sus riñas y sus duelos  
y muchas las cicatrices  
esparcidas en su cuerpo.

Mas sus ruidosos amores,  
sus escándalos sin término,  
jamás la fe religiosa  
apagaron en su pecho.

Era un devoto ferviente,  
y por un hábito añejo  
tuvo el de asistir á misa  
al teñir la luz el cielo.

Así se encontró con Laura  
una mañana en el templo,  
y fué constante en seguirla,  
con tan prudente respeto,  
que en las engañosas redes  
cayó pronto el ángel tierno,  
salvando toda barrera  
y desdeñando consejos  
que por ser justos y sanos  
pudieran salvarla á tiempo.

### III

Mientras, en dulces coloquios,  
Laura y su amante pasaron  
las horas como minutos  
del mundo entero olvidados ;

al pie de aquella ventana  
lívido, y como de mármol,  
mirábase á un caballero  
en negra capa embozado.

Ardiendo su pecho en ira,  
y en maldiciones sus labios,

en el puño de su daga  
puesta la crispada mano,  
y hablando consigo mismo  
entre irónico y turbado :  
« Aquí he de encontrarle, dijo,  
él vendrá, tarde ó temprano.

» Me cuentan que ronda mucho  
esta calle á lento paso,  
y que antes de dar el alba  
se encamina hacia el Sagrario.

» Mucho vela este tunante,  
parece nocturno pájaro  
que con el sol está ciego  
y en las tinieblas ve claro.

» Yo le diré tres verdades  
á este amante tan cristiano  
que une la ronda y la misa  
con un eslabón de escándalos.

» Es joven, y sabe mucho,  
mas no me importan sus años,  
que en los muchos que yo cuento  
aun no me vacila el brazo.

» Que venga pronto á este sitio,  
porque yo no espero en vano,  
y que su intención me diga  
antes de que cante el gallo ».

Á tiempo que esto pensaba,  
escuchó un rumor extraño,  
como algo que descendía  
contra el muro resbalando ;  
siente un golpe sobre el hombro,  
busca un objeto al acaso  
y encuéntrase con la escala  
que desde arriba arrojaron.

— ¡ Ira de Dios ! ¡ me deshonran !  
nunca llegué á sospecharlo,  
baje el que mancha mis canas,  
porque tengo que matarlo.

Transcurrieron en seguida  
unos minutos muy largos,  
la calle estaba en tinieblas,  
el cielo, peor, sin astros,  
y escuchábase á lo lejos  
fúnebre, triste y fantástico  
del temido Santo Oficio  
el tosco esquilón vibrando.

Al fin descendió don Lope,  
y al dar el último paso,  
antes de pisar la acera  
sintió en el cuello una mano.

— ¡ Miserable ! el que así roba  
la dicha de un hombre honrado,  
debe morir como un perro  
porque deshonra al cadalso.

Y con el ímpetu ciego  
con que se desprende el rayo  
trató de herir con su daga  
al mancebo enamorado.

Falló por su mal el golpe,  
y listo don Lope en cambio,  
creyendo en una venganza  
de algún rival desdeñado,  
sacó el puñal florentino  
y sin temor ni reparo  
hirió sin saber en donde  
al incógnito adversario,  
con tal acierto, que al punto  
logró en tierra derribarlo.

Viendo que no daba muestras  
de aliento, con ansia trajo

un farolillo, y al rostro  
lanzó los brillantes rayos.

No bien lo contempló Lope  
atronó el obscuro espacio  
con un estridente grito  
de consternación y espanto.

Herido estaba de muerte,  
de roja sangre en un charco  
el viejo padre de Laura  
venganza al cielo clamando.

## IV

Apaga el sol en ocaso  
su luz que expirante dora  
las cimas de las montañas  
que pronto envuelven las sombras.

Extinguense los rumores  
en pos de las tristes notas  
con que al rezo la campana  
llama á las gentes devotas.

En el obscuro horizonte  
limpias las estrellas brotan,  
y parece que descansa  
la Naturaleza toda...

Entre tanto... en el obscuro  
fondo de tranquila alcoba,  
á la víctima de Lope  
fiebre intensa lo devora.

El cuadro es triste, muy triste,  
Laura angustiada solloza  
oyendo que en su delirio  
así su padre la invoca:

« Desde que veniste al mundo  
eres tú mi dicha sola ;  
te adoro con toda el alma,  
porque del alma eres joya.  
¿ Es verdad que me has vendido ?  
¿ Es verdad que me deshonras ?  
Por ti me han dado la muerte,  
mas tu padre te perdona ».

Baje pronto el que me infama  
y á mis pies su sangre corra...  
¡ Maldita la... ¡ no ! ¡ qué digo !  
La pasión la ha vuelto loca.

Hija, tu padre se muere ;  
por ti la vida le cortan,  
manchada estás con su sangre,  
y esa mancha no se borra !

Dame la mano, hija mía,  
yo voy á donde se goza,  
al cielo... que á ti te niegan  
por torpe y por pecadora.

¡ Un sacerdote ! ¡ me ahogo !  
de nuevo la sangre brota,  
de la herida que me abriera  
quien vino á robar mi honra.

Y era verdad, se moría  
don Guillén, y en esa hora,  
Laura, que oyó sus delirios  
gritaba como una loca

¡ Padre, perdón ! no me dejes ;  
este crimen me abochorna,  
llévame al cielo contigo  
porque la vida me estorba.

Murió el anciano y fué tanta  
la amargura intensa y honda  
de Laura al ver su cadáver  
rígido y solo, en la alcoba,  
que inclinando la cabeza,  
cual flor en su tallo rota,  
se reconcentró en sí misma,  
recordó su vida toda,  
y arrodillada y convulsa  
al pie de una Dolorosa,  
murió de remordimiento,  
de amargura y de deshonra.

## V

Lope, á quien por tal suceso  
ninguno entonces denuncia,  
al saber que murió Laura  
enloquecióse de angustia,  
y llegó hasta el mismo sitio  
de la trágica aventura,  
ya sin ilusión de amores  
y sin esperanza alguna,  
do cuentan que despechado  
maldijo la suerte injusta,  
y presa de un accidente,  
que los sentidos le turba,  
cayó do estaba la sangre  
del viejo Guillén, aun húmeda.

Allí lo alló un religioso  
que auxiliarlo no rehusa,

al cual no puede decirle  
Lope sus horribles culpas,  
porque cuando hablar intenta  
su torpe lengua se anuda.

.....

Mirando tantos desastres  
que en aquel lugar se juntan,  
en el padre asesinado,  
en Laura, por él difunta ;  
y en el criminal amante  
á quien á morir ayuda,  
el buen fraile e-tas palabras  
lleno de dolor pronuncia :  
« Para mí ha sido esta calle  
la calle de la amargura »,  
y dejáronle ese nombre  
que da margen á esta ruda  
leyenda, sobre una historia  
fúnebre, extraña y confusa.

## LA CALLE DE LA BUENA MUERTE

## I

Amor, tirano del mundo,  
por cuanto abarca la vista  
ninguno á contar alcanza  
el número de tus víctimas.

Lo mismo el que calza espuela  
y ostenta yelmo y loriga  
que el pastor á quien le cubre  
la espalda tosca pelliza;

lo mismo el que sale en busca  
de peligrosas conquistas  
que el desengañado amante  
que del mundo se retira;

todos enseñan ó esconden  
las incurables heridas  
que abrieron, más que tus dardos,  
tu astucia ó tu alevosía.

Todo en tus redes lo dejan.  
los incautos que alucinas,  
pero ¿quién no ha sido incauto  
cuando tus filtros lo hechizan?

¿Quién no ha pecado de torpe  
cuando su bien sacrifica  
por disfrutar una sola  
de tus engañosas dichas?

El más sabio y más prudente  
al pie de una reja olvida  
cuanto ayer le aconsejaron  
prudencia y sabiduría.

Y en las apartadas celdas  
do crecen las flores místicas  
para inquietar á las almas  
son los recuerdos, avispas.

En el venerable anciano  
que el cuerpo trémulo inclina  
cual si fuera de su frente  
á sacudir las cenizas,

las memorias de otros tiempos  
lo confortan y lo animan  
y son las blancas estrellas  
que en su crepúsculo brillan.

Y en el inexperto mozo  
que nada teme ni esquiva  
el amor es su ejercicio,  
su tesoro y su divisa.

Y entre tanto, ¡oh niño ciego!  
alimentas la perfidia  
y ries de los perjuros,  
pues tu cetro es la mentira.

Y las doncellas burladas,  
las damas mal comprendidas,  
que mueren sin que las lloren  
los que más las martirizan,

dan pábulo á la leyenda  
y á la tragedia sombría,

y en dulces ó amargos versos,  
en tristes ó alegres rimas,

sobre el mar de las edades  
bogan en nave tranquila,  
pues de frágl.s mujeres  
las hizo amor heroínas;

y se lloran sus desgracias,  
se lamentan sus desdichas,  
sin mirar que en este valle  
de lágrimas é injusticia

aun quedan viviendo muchas,  
no Beatrices ni Eloisas,  
pero que son del dios ciego  
tristes é indefensas víctimas.

No merecen un poema  
sus penas en nuestros días  
que fué de bardos de antaño  
tañer tan alto la lira.

Mas si en cuentos para el pueblo  
cabén cosas tan sabidas,  
basta de prólogo inútil  
que por pesado fatiga.

Y al grano; lo que refiero  
será verdad ó mentira,  
y tal como me lo han dicho  
permittedme que os lo diga.

## II

Era Dulcenombre Llanes  
una muchacha hechicera  
á quien por grata costumbre  
llamáronle « Dulce » á secas.

Labios húmedos y rojos

brillantes como cerezas,  
el cutis apiñonado,  
árabes pupilas negras,

las mejillas sonrosadas,  
la faz hermosa y risueña,  
y con muy pocos abriles,  
y muy exquisitas prendas.

Era cual hija un modelo  
por lo amorosa y lo tierna,  
un ángel por sus bondades  
" por su gracia una reina.

Hija de padres muy pobres  
nunca usó costosas piedras  
ni dió música á sus pasos  
con el *frú frú* de la seda.

Su padre, soldado viejo  
que sirvió á la independencia,  
adoraba á Dulcenombre  
con una pasión inmensa.

Y era de ver por las tardes  
al viejo charlar con ella  
contándole mil hazañas  
que los sabios menosprecian.

Era digno de una copia  
el cuadro vivo, la escena,  
que por más que lo procuro  
mi pluma á pintar no acierta.

Una alcoba muy obscura,  
muy humilde y muy estrecha,  
con muros y pavimento  
limpios como una patena.

En tosca silla de pino,  
al extremo de una mesa,

la madre de Dulcenombre,  
flor que los años no secan,

cose con su mano aun firme  
la ruda labor ajena,  
que si da corto salario  
largas vigiliás le cuesta;

Dulce, imitando á la madre,  
con santa quietud arregla  
lo que habrán de recibirles  
de sus trabajos en cuenta;

el anciano, contemplando  
á la dichosa pareja,  
sin fijarse en sí lo escuchan  
mueve á su sabor la lengua.

Refiere cosas extrañas  
que siempre parecen nuevas,  
y se le arrasan los ojos  
al citar nombres y fechas.

— « El señor Morelos — dice —  
era de piel muy trigueña,  
con unos ojos muy negros  
que brillaban como estrellas.

Era muy grueso de carnes,  
pero así, de tal manera,  
que las botas de campaña  
no pudo él mismo ponérselas.

Y como era tan difícil  
meter las botas aquellas,  
él enseñó á un asistente  
á que tal cosa aprendiera.

Y nada más uno supo  
darle gusto en tal empresa,  
— Padre, pero si es tan fácil...  
— No tanto como lo piensas...

Primero : el señor Morelos  
siempre sufrió de las piernas ;  
segundo : para calzarlo  
se necesitaban fuerzas ;

porque era así, muy obeso,  
muy torpe, lo que tú quieras,  
y nada más uno supo  
servirlo á prisa.

— ¿ Quién era ?

— Sábelo con regocijo  
tu padre que aquí contemplas,  
¡ Yo tuve Dulce, esa gloria  
con aquel genio de América.

Y con los ojos nublados  
por las lágrimas más tiernas,  
murmuraba : ¿ Fácil ? ¿ fácil ?  
¡ no tanto como lo piensas !

Y la encantadora Dulce  
miraba con reverencia  
al que juzgaba una gloria  
grande, sin igual, inmensa,  
haber sido el asistente  
que en el fragor de la guerra  
calzaba al genio más grande  
que brilló en la independencia.

Y ellas pasaban las horas  
cosiendo labor ajena  
y el viejo citando acciones  
ya pueriles y ya serias.

¡ Oh santa paz del trabajo !  
¡ oh virtud de la pobreza !  
allí reinaba la dicha  
que en vano tantos anhelan.

Porque á veces no es remoto  
hallar el cielo en la tierra  
aun en una alcoba humilde,  
muy oscura y muy estrecha.

## III

¡ Ay de la fe que vacila!  
¡ ay de la fe que razona!  
¡ ay de la casta doncella  
que ama con el alma toda!

Muere la fe como el lirio  
que el soplo invernal agosta,  
y surge la negra duda  
trono de la eterna sombra.

La hechicera Dulcenombre  
oye la voz engañosa  
que su corazón conmueve  
y sus sentidos trastorna.

Y sin explicarse nunca  
el mal que su calma agota,  
ama por la vez primera  
como ciega, como loca.

En el jardín de la vida  
la mujer es una rosa  
que con el menor quebranto  
se marchita ó se deshoja.

¡ Cuántas tardes el buen viejo  
interrumpió sus historias  
y al ver llorando á su hija  
le preguntó: ¿ Por qué lloras?

La mujer es siempre astuta,  
y aquella inocente moza  
contestaba: « Porque todo  
lo que dices me impresiona »

El padre enorgullecido,  
con voz apagada ó ronca  
continuaba los relatos  
de sus añejas victorias.

¿ Qué sabe un viejo soldado  
de esas penas silenciosas  
que ó un ángel de quince abriles  
la paz y la fe le roban?

Las ve como nubecillas  
que si los cielos entoldan,  
al primer soplo del viento  
fugaces se desmoronan.

Pero Dulcenombre sufre,  
en sueños grita y solloza,  
y así dormida descubre  
algo que á su madre asombra.

Quiere el amante llevarla  
muy lejos, donde no opongán  
trabas al amor inmenso  
que sus almas aprisionan.

La doncella no consiente,  
pero lucha, piensa, llora,  
y lo que calla despierta,  
durmiendo lo grita loca.

Pronto sabe el veterano  
que á Dulce, su flor hermosa,  
un galán vertió en el pecho  
un filtro que la emponzoña.

Busca al amante y lo encuentra  
y ¡ oh verdad desgarradora!  
aun queriéndolo no puede  
darle su nombre á la moza.

¡ La engañó como un villano  
y engañada la abandona!

Cruza en la rugosa frente  
del veterano una sombra,

y con el vigor antiguo  
que la venganza redobla,  
castiga como merece  
al que la dicha le roba.

¡ Miserable! — dice airado —  
quien el corazón destroza  
de una inocente que todo  
lo infame y lo torpe ignora,

el que mancha un nombre limpio  
y de un anciano se mofa  
profanándole á su hija  
como un ladrón en la sombra,

pague su crimen cual debe  
y su sangre gota á gota  
lave la manchas que osado  
sobre mis canas arroja.

Y con la pequeña espada  
punzante, afilada y corva,  
que como buen insurgente  
usó en triunfos y derrotas,

busca el corazón artero  
del que sus iras provoca,  
lanza el golpe, suena un grito,  
y queda todo entre sombras.

## IV

Bañado en su propia sangre,  
en la acera se retuerce  
implorando algún auxilio  
un hombre que ya se muere.

El veterano con calma  
pasa á la acera de en frente

y llama ansioso á una puerta  
tosca y pintada de verde.

Pronto se escucha que gritan  
por adentro: ¿qué se ofrece?

— Que salga un padre Camilo  
á dar una buena muerte.

— ¿Está cerca el moribundo?

— Muy cerca y morirá en breve.

— ¿En qué calle?

— En esta misma.

— ¿En qué casa?

— Á la intemperie.

Y dicho esto retiróse  
de aquel sitio lentamente  
pensando en todo ó en nada,  
paso á paso como siempre.

.....

Cuentan que alcanzó el herido  
la absolución *in extremis*  
y partió para ese mundo  
de donde nunca se vuelve.

Á aquella calleja angosta  
que vió esta escena solemne  
la « Espalda de San Camilo »  
llamaba entonces la gente.

Mas después cambió ese nombre  
por el que á la fecha tiene,  
y es, cual lo dijo aquel viejo,  
calle de la « Buena Muerte ».

## EL ODIO DE UN GRAN SEÑOR

LEYENDA HISTÓRICA DE LA ESQUINA DE PALACIO

## I

Juana, Lola y Luz formaron  
un terno de lindas rosas;  
en Méjico, por hermosas,  
las tres Gracias las llamaron.

Su belleza soberana  
era un nimbo, una aureola;  
Luz era menor que Lola  
y Lola menor que Juana.

Escultóricos los pies,  
labios húmedos y rojos,  
y por el garbo y los ojos  
deslumbradoras las tres.

Juana era un tipo ideal:  
pálida, esbelta, arrogante,  
un verso alado del Dante  
viviendo en carne mortal.

Lola, de franca expresión,  
rostro de perfil romano

con el color fresco y sano  
de la almendra de un piñón;

y Luz, gallarda y gentil,  
á todo hechizo despierta  
era una azucena abierta  
en una aurora de abril,

bella como un arrebol,  
con tan rubia cabellera,  
que suelta en sus hombros era  
un haz de rayos de sol.

En arabescos chapines  
siempre ocultando el pie breve,  
hecho con ampos de nieve  
ó pétalos de jazmines.

De su pecho en el confín  
mal velaba tanto aliño  
los dos volcanes de armiño  
con cráteres de carmín.

Y en la voluptuosa espira  
de su cuerpo de palmera,  
las curvas de la cadera  
formaban bien una lira.

Y unido á tanto embeleso  
y á gracia tan soberana,  
eran sus labios de grana  
candente nido de un beso.

Y en Méjico, en conclusión,  
las tres hermanas tan bellas  
daban celo á las estrellas  
que ostenta el Cinto de Orión.

## II

Don Lorenzo Valazés,  
hombre de arrojo y valía,

era de gran nombradía  
y de no poca altivez.

Opulento y gran señor,  
de dulce y afable trato,  
con fama de literato  
y de grave historiador;

era siempre epigramático,  
y aunque muy bien recibido,  
era de muchos temido  
y ante todos antipático.

Conoció á Luz, y el capuz  
varió de su suerte impía,  
porque aquél fué el primer día  
que vió la primera luz.

Se impresionó Luz por él,  
y él osó pedir su mano,  
mas se le opuso el hermano  
de su amada, don Leonel.

No declaró guerra abierta  
sino artera y sin testigo  
ofreciéndose de amigo  
mas sin abrirle su puerta.

Luz, inquieta y aturdida,  
amó sin ningún temor,  
que siempre el primer amor  
es el todo de la vida ;

y así, sin razón ni calma,  
sin reparar en su hermano,  
no pudo negar su mano  
á quien le dió toda el alma.

Tuya soy, tuya seré,  
le dijo, y descansa en mí,  
y si me alejan de tí,  
ó te busco ó moriré.

Y sin poder más decir  
presa de su amor ardiente,  
dichosa con el presente  
nunca miró el porvenir.

Don Leonel, que vió el comienzo  
de un negro drama en su hogar,  
nunca quiso demostrar  
su aversión á don Lorenzo.

Mas éste, con la esperanza  
de dar cima á su ilusión,  
abrigó en su corazón  
á un tiempo amor y venganza.

## III

Don Leonel habló á su hermana,  
y con muy sana intención  
le condenó una pasión  
tan violenta como vana.

— Nunca tu amante será  
de tí digno, hermana mía,  
ese amor es flor de un día  
y puedes matarlo ya.

Tú me has visto indiferente,  
pero así no he de seguir,  
pues debo tu porvenir  
siempre velar diligente.

Antes que mirarte presa  
de este hombre en el torpe intento,  
quiero verte en un convento  
de novicia ó de abadesa.

Tu hermano mayor soy yo,  
y aunque tu pecho taladre,  
lo mismo que nuestro padre  
odio al que á mi padre odió.